



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

PICARDIHUELAS



Pilla

—¡Ah! ¿Va usted a salir, Teodorita?
 —Sí: en este momento acabo de vestirme.
 —¿En este momento? ¿Quién lo hubiera sabido.
 para venir un poco antes!

SU MARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—¡Ya decía yo!, por Eduardo Bustillo.—No se puede viajar, por Juan Pérez Zúñiga.—Palique, por *Clarín*.—Males de amor, por Fiacro Yrázoz.—Filosofía, por Sinesio Delgado.—Media obra, por Francisco Flores García.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Picardihuelas.—La disciplina.—Distracción, por Cilla.



Pero ¿qué? ¿Tenemos la obligación todos los escritores, más ó menos públicos, de hablar de *Pequeñeces*? Lo digo porque he observado que somos dos ó tres, nada más, los que no hemos discutido todavía la célebre novela de Santa Coloma... ¿Se llama Santa Coloma? ¡Ah, no! Santa Coloma era el revistero de toros que en paz descansa; yo siempre los confundo...

Pero, en fin, el caso es que no he hablado de la novela por varias razones: la primera porque no la he leído, y con esto creo innecesario consignar la razón segunda y la tercera.

No la he leído; pero no por eso me he librado de conocer en sus más íntimos detalles la historia de Currita Alborno. Me la contaba la otra noche una joven corista, que es capaz de leer hasta los versos de Jove y Hevia, y juro á Dios que me sonrojé dos ó tres veces. ¡El demonio de la Currita! ¡Cuidado si era bribona aquella mujer! Tanto que á mí me prestó la novela un deán de provincias que ha venido aquí á buscar criada, y guardé el ejemplar en el cajón de la mesa, porque tengo hijos y no quiero que se enteren de ciertas cosas.

—Papá—me decía mi niña la mayor,—déjame leer un poquito.

—No, hija mía, no; esta novela no es de las que pueden leer las niñas bien educadas.

—¿Pues no la ha escrito un sacerdote?

—Sí, un sacerdote; por eso no deben leerla más que las sacerdotisas...

Hay quien dice que la novela en cuestión refleja "por modo elocuente,"—frase cursi—el estado moral de nuestras clases aristocráticas. De eso no entiendo, porque yo no he conocido más que á un aristócrata en mi pueblo, señor de muchos pergaminos, que se hacía bordar la corona de marqués hasta en los calcetines. Aquél era un aristócrata especial, que desdeñaba todo roce con la clase media y le pedía un duro al verbo divino. Á mí aún me está debiendo cuatro pesetas y un sombrero hongo que le presté para retratarse.

No puedo, pues, hablar del Padre Coloma como novelista observador; de lo único que hablo es del afán que ha invadido á los periodistas en esta ocasión. Todos escriben algo referente á la novela, como si la hubieran leído, y lo que consiguen es hacerle el caldo gordo á la Compañía de Jesús, que vende ediciones como quien despacha garbanzos de Fuentesauco.

Cualquiera diría que se trata de la mejor novela que han visto los siglos.

¡Hombre, por Dios!

En cambio, publica Pepe Estraña un libro, como todos los suyos, lleno de gracia y de ingenio, y solamente dos ó tres periódicos han dado la noticia. Como si las *Cartas infernales* del popular poeta no valiesen, por lo menos, tanto como la novela del padre jesuita.

Siendo mucho más morales, por de contado.

Respecto á la manifestación del 1.º de Mayo, la gente ha dado en preocuparse suponiendo que vamos á fenecer á manos de la anarquía.

Hay espíritus timoratos que salen estos días de su casa con todo género de precauciones, y lo primero que hacen es decir á la pareja de orden público:

—Ruego á ustedes que no pierdan de vista aquel cuarto tercero, que es donde vivo yo. Queda sola mi mujer, y como se dice que va á haber excesos socialistas, estoy temiendo que suban y me la estropeen. Yo soy paisano de Isasa y traté mucho á un tío que tuvo en Chiva; se lo digo á ustedes para que me miren con consideración.

—Ya sabrá defenderse la señora, si acaso — contesta un guardia.

—No, señor; porque no tiene resolución para nada, y aunque vea que la van á maltratar, se deja.

Probablemente no ocurrirá nada el día 1.º de Mayo. Y es casi seguro que podremos salir á la calle y dedicarnos á nuestras ordinarias tareas; por más que hay quien supone que correrán ríos de sangre burguesa, con arreglo al siguiente programa:

Á las ocho: Gritos subversivos é imprecaciones violentas.

Á las diez: Destrucción de las autoridades por medio de la dinamita y el ácido sulfúrico.

Á las doce: Demolición del edificio del Banco.

Á las dos: Muerte violenta de varios caseros en la Plaza Mayor.

Á las tres: Degollina general en todas las calles, callejuelas, plazas y plazuelas que tiene Madrid.

Á las cinco: Banquete de carne humana.

Por más que el Gobierno trata de tranquilizar á los capitalistas, poniendo la tropa sobre las armas, la zozobra cunde, y muchos se disponen á disfrazarse para pasar inadvertidos entre la multitud.

Por de pronto, D. Serapio, que tiene casa de préstamos en la calle de la Garduña, anda hace días vestido de mozo de tahona y sale á la calle en calzoncillos y camiseta, á fin de que le confundan con uno de esos que hacen las bizcochadas; y su esposa D.ª Aniceta sale á la compra todos los días envuelta en un mantón negro para que crean que es la viuda de un albañil; pero hay un vecino en la casa que les dice con acento cavernoso:

—No se molesten ustedes, porque todo será inútil. Los anarquistas tienen una nota exacta de todos los burgueses que deben fenecer el día 1.º de Mayo. Ustedes están condenados á morir.

—¡Ay, Dios mío!—exclama D.ª Aniceta.—¿Y se sabe á qué hora comenzará la matanza?

—Lo probable será que les maten á ustedes entre dos luces, porque piensan empezar por los aristócratas, seguirán después por los caseros y acabarán por los prestamistas y demás gente ordinaria.

Á D. Serapio no le llega la camisa al cuerpo; pero disimula sus temores para no affigir á su esposa, y en vez de entregarse á la desesperación, coge la guitarra y se pone á tocar habaneras, como si estuviese en el mejor de los mundos posible, ó bien estrecha á D.ª Aniceta contra su seno y baila una mazurka.

Pero la procesión anda por dentro, que es lo que nos pasa á todos los que tenemos algo que perder.

LUIS TABOADA.

—*—
¡YA DECÍA YO!

En prosa vil me ha escrito una cartita
la bella Encarnación,
la taurófila virgen que no quita
la palma del balcón,
ni pone punto ó coma en una esquila
ni *h* en el verbo *hacer*,
porque brilla en la libre y alta escuela
su pluma de mujer.

Pero, si no me enseña ortografía,
eso ¿qué importa aquí,
si, con gracia y salero y picardía,
los puntos pone á lo que yo decía
sobre más de una *i*?

Me dice que, sin duda por la traza,
yo no entiendo el por qué de su afición:
que con mantilla y flores va á la Plaza
sin taurina intención,
así, como mujer que va *de casa*
por si cobra una pieza en el montón.

Que ella se cuida poco del *Guerrita*,
hombre casado al fin,
ni de saltos graciosos de un *Pulguita*
ó de un *Regaterín*.

Que ella está más atenta á lo que *salta*
en el tendido *diez*,
ó en el *uno*, pues le hace mucha falta
lebrato á tiro ó en anzuelo pez.

Que ella no ve las varas del *Pegote*
ni por casualidad;
pues, cuando dan sus ojos un *derrote*
con mucha habilidad,
detrás del abanico el rostro oculto
con pícaro intención,
al inocente amor le busca el bulto
para darle en seguida un *revolcón*.

Y, en fin, que no va al bicho *por derecho*
allí donde se ve
que, tras pases *redondos* y de *pecho*,
resulta *golletazo* un *volapié*.

Y aquella niña mía de mi alma
me viene á demostrar
que su abono á los toros, y su palma,
y su dulce mirar,
y el gracioso caer de su mantilla
y el mimo de su voz,
son recursos y ganchos de chiquilla
¡de una intención feroz!

Esos taurofilismos de rapaza
¿á qué buey suelto no le han de escamar,
si ellas lucen sus trapos en la Plaza
sólo *por torear*?...

EDUARDO BUSTILLO.

NO SE PUEDE VIAJAR

Fermín Canchalagua
tenía que ir
con unos caudales
á Valladolid,
y estando estos días
cansado de oír
contar lo que roban
en ferrocarril,
tomó precauciones,
no así como así,
sino en una forma
que debe servir
de ejemplo al que viaja
por este país.

Se puso, ciñendo
su cuerpo gentil,
un traje de bronce
con vistas de zinc.
Metió los caudales
en un maletín
que le hizo expofeso
su herrero Alcañiz.
Compró tres puñales,
amén de un fusil,
un chuzo, un garrote
y un perro mastín.

Leyó las hazañas
del célebre Cid,
por ser de su arrojo
siquiera aprendiz.
Tomó, por supuesto,
de moka un sin fin,
pues cosa es que á muchos
impide dormir,
y andar bien despiertos
no es grano de anís,

que aquel que se duerme
no evita el desliz.

Buscó al maquinista
y díjole así:

«Me meto en el coche
con un cornetín.

Si acaso me oyeres
hacer ta-ra-rí,
es que de mis carnes
ya han hecho rosbiff
los cien desalmados
que habrá por ahí.»

Como es amigote
de cierto minis- (1),
á muy poca costa
logró en el tren ir
con dos polizontes
y un guardia civil,
que más parecían
tres moros del Riff.

Y á usted, lector mío,
ya le oigo decir:
«¿Qué bien hizo el hombre!
Mas ¿cómo, aun así,
no entró en el carruaje
ningún matachín
á dar buena cuenta
del pobre infeliz?»

Por una ocurrencia
que tuvo Fermín,
idea excelente
que al ir á partir
produjo de pronto
su ingenio sutil.
¿Que cuál fué? Pues..... nada:
quedarse en Madrid.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

PALIQUE

He recibido un libro cuya primera página, manuscrita, dice así:

CANTÁBILE

Mi querido Clarín:
DE PITÓN A PITÓN (esto impreso)
tiene faltas sin fin,
pero buena intención.
Mas si en él no halla usted
ni pimienta ni sal,
¡me hace usted la merced
de mandarlo al corral!

SOBAQUILLO.

Á lo cual contesto yo en prosa (porque se me ha olvidado una

(1) tro.

octavilla que había discurrido, y nunca segundas octavillas fueron buenas) que *De pitón á pitón* me parece un libro muy agudamente escrito, y que prueba que su autor ha visto muchos toros y muchos cabestros en este mundo. Sin embargo, estoy dispuesto á rectificar mi juicio si D.^a Emilia Pardo, ó en su defecto Luis Alfonso, me demuestran, que bien pueden, que yo siempre he visto los toros desde la barrera, ó mejor, desde el tendido, y que no tengo sangre torera.

Amigo Sobaquillo, ahora hay que tentarse la ropa antes de criticar; y así Dios le libre á usted de hablar de la aristocracia si previamente no se ha hecho usted marqués ó conde, siquiera sea pontificio. No se puede usted figurar el desprecio con que le dicen á uno estos críticos *apergamados*: ¡ta day, probeza! Doña Emilia ve un mérito singularísimo en haber vivido (ó por lo menos hacerle creer á ella que se ha vivido) entre las faldas de las duquesitas y condesitas más desvergonzadas; y supeditándolo todo al honor de *comer con el duque* y al placer de llamar *Isabel* á la de Mazacán (aunque la de Mazacán conteste: *Doña Ramona*), se vuelve loca ante los primores *artísticos* que el Padre Coloma ha puesto en su Curra Albornoz, y dice que desde esta Curra «Mal año para Balzac!», Ya ve usted si tengo razón para afirmar que D.^a Emilia se vuelve loca. Lo malo es que ciertas cosas no se pueden decir con claridad. En fin, lo diré como pueda. A D.^a Emilia le ha pasado esta vez como *crítica* lo que en *Insolación* como autora. La entusiasma Currita... y cree que es *artísticamente*... y no hay tal cosa. Que hay aquí alguna aberración, alguna obsesión, no cabe dudarlo.

Balart y D.^a Emilia son dos personas de muchísimo talento, de buen gusto, podrán estar muy separadas en doctrinas estéticas; pero ¿cómo habían de juzgar de modo tan radicalmente opuesto un mismo personaje de una novela, si no hubiera obcecación por alguna parte? Balart dice, ó viene á decir ¡ajo! (1), que es el mejor, no puede compararse... con alguno, v. gr... de *Morriña*. De *Morriña*, ¿lo oye D.^a Emilia? De modo que, juntando la opinión de D.^a Emilia y la de Balart... resulta que en *Morriña* hay caracteres que dejan á Balzac de mal año. Este absurdo nos prueba que ó D.^a Emilia ó Balart no saben lo que se dicen al juzgar á Curra.

Y, en este punto, voto... por que Balzac siga tan de buen año como hasta la presente.

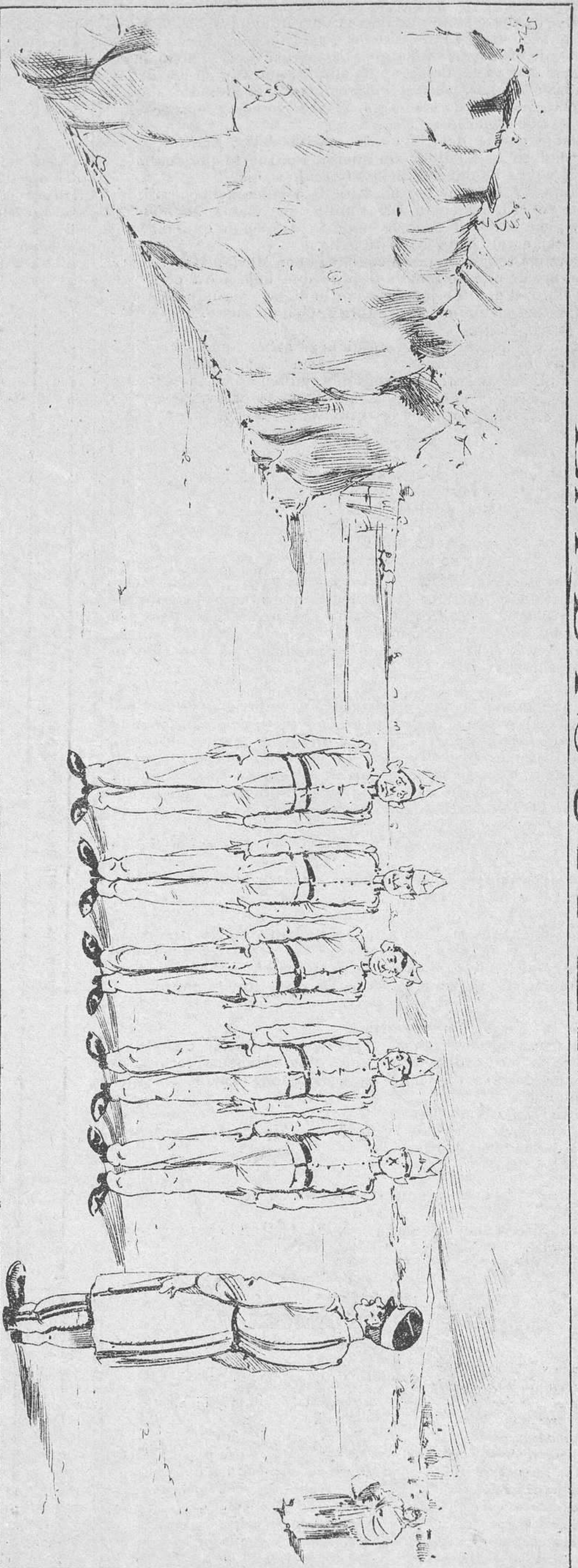
Fíjese usted, amigo Cavia, en esto. D.^a Emilia dice que Currita es una perdida; y el autor así lo reconoce, y la llama cien veces lo que es, una... *fórnic*, como diría D.^a Emilia, y no dice el Diccionario. Para ser exacto, D.^a Emilia llama *fórnic* á las casas de prostitución, pero esto hay que sacarlo del contexto, porque como *fórnic* no es palabra castellana, yo estoy también autorizado, por Suetonio nada menos, á llamar *fórnic* á las personas prostituídas. Y otro, usted por ejemplo, puede entender las *romanas fórnices* de la Pardo por *arcos triunfales*, según Cicerón, ó por el acueducto de Segovia y otros así, según Plinio. Veá D.^a Emilia el inconveniente de escribir el castellano en latín; que se pueden ver arcos de triunfo donde usted ha querido poner *mancebías*. Pero, en fin, acueducto ó ramera, Curra Albornoz es una mala mujer. Pues bien, D.^a Emilia escribe lo siguiente: «Currita (es) la mujer *más mujer* acaso de la moderna novela hispana.»

De modo que, si la lógica es lógica, lo más esencial en la mujer, lo más *femenino* es... ser *abovedada* (porque *fornix* también significa bóveda).—«Currita, añade D.^a Emilia, aunque perdida, es siempre una gran señora.» ¡Fíjese usted, señora, fíjese usted! Según eso, el concepto de lo *grande* en el *señorío* se reduce á elementos formales, exteriores, y aún más, de apariencias; porque Curra adúltera, Curra sin sentido moral ni aun estético para comprender que las dos prostitutas que van á la protesta de las mantillas y las peinetas no son *otras dos más*, como ella dice, sino una vergüenza; Curra arrebatando una carta al ministro, Curra mintiendo, escribiendo anónimos, amenzando á su marido y poniéndole el *capuchón* del fotógrafo; Curra engañando á la reina y Curra haciendo mil felonías, en el sexto y fuera del sexto... ó deja de ser una gran señora, ó nos da prueba de que es cosa bien miserable, y hasta poco decente, el *gran señorío*. El Padre Coloma lo entiende mejor, y no se hace ilusiones respecto de lo que es la grandísima pécora. «¿Qué admirables perfidias, qué divinas gatadas!» exclama, en éxtasis ante Curra Albornoz, D.^a Emilia. Sí; qué gatada tan divina la de abandonar á sus hijos en la *Nursery* (muy bien pintada; de modo que recuerda escenas análogas de *Ana Karenine*); hasta las gatas verdaderas son más *humanas* que esa divinidad de gata que á la Pardo la enamora. Pero, en fin, la Sra. Pardo Bazán se contenta con que Curra haga todas esas cosas malas con *distinción natural*.

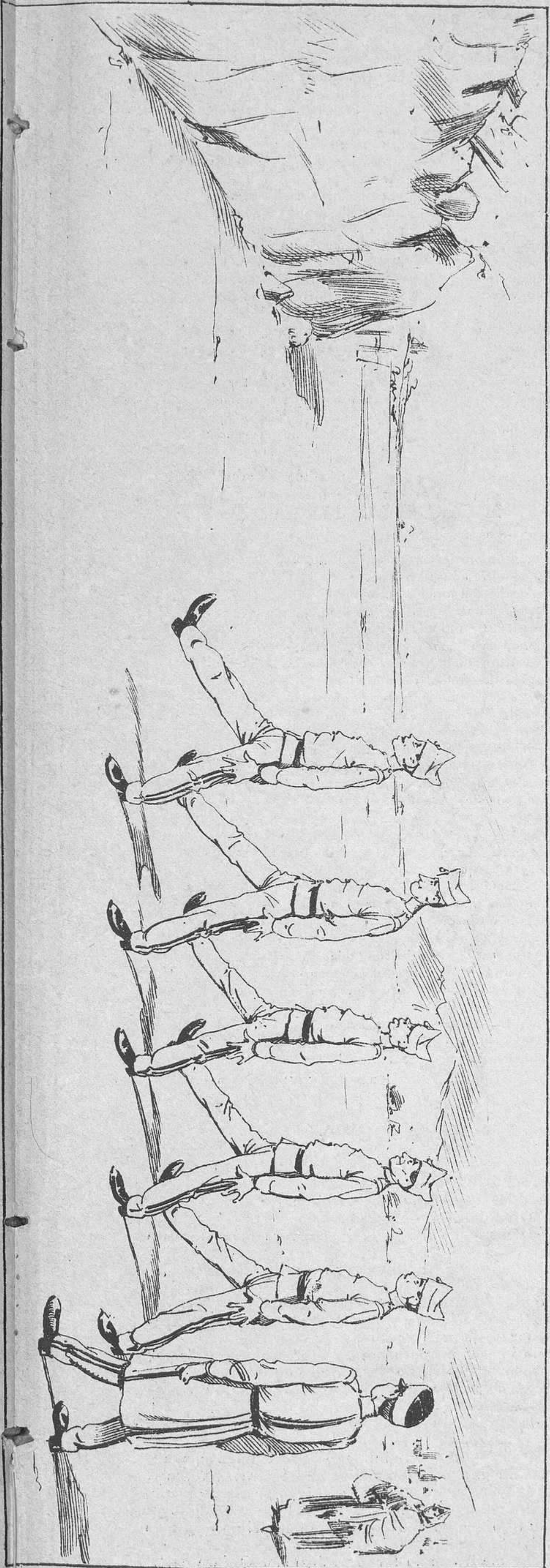
Mire usted, señora, que se lo digo yo; en la novela la pierde á usted la naturalidad mal entendida: en la crítica la está perdiendo á usted la *distinción*. Es claro que el P. Coloma no tiene nada que ver con estas cosas. Puede ser su Curra bellísima figura artísticamente (no digo aquí que lo sea ni que no lo sea), y sin embargo, dejar de ser *gran señora*; y aun me parece á mí que, en opinión del Padre, su propósito no ha sido pintar una mujer páfida, prostituída, encenagada, haciéndola graciosa, conservándola *grandes instintos señoriles*, trabajando á la *Feuillet*. Más largo creo yo que ve el P. Coloma.

(1) Este ¡ajo! se refiere á que el Sr. Balart quiere que se lo cite *in integrum*.

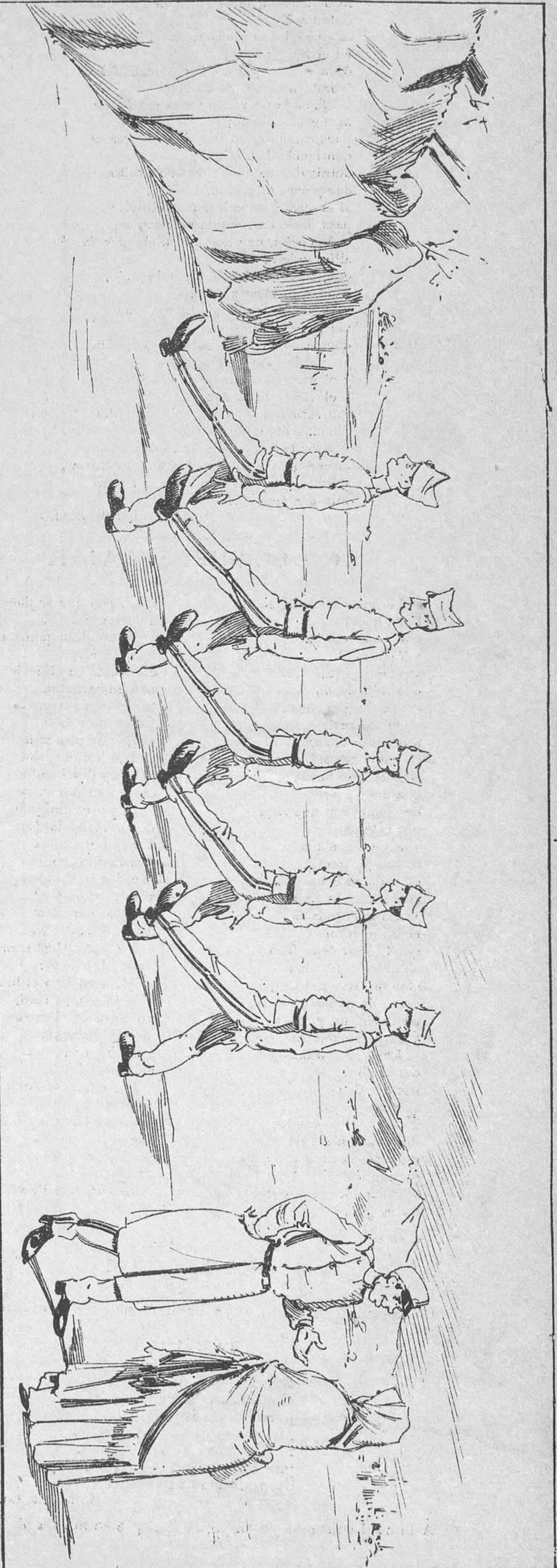
LA DISCIPLINA



—¡Ojo con suspender la marcha hasta oír la voz de ¡alto! ¿Está entendido?



—De frente... ¡Mar!



Per o a lo mejor se distrae el cabo....



Al cual, si por casualidad leyera esto, debo advertirle que yo no anticipo opinión alguna, favorable ó desfavorable, respecto de su *Pequeñeces*. Para decir lo que me parece esta obra, que desde luego cabe sostener que no es vulgar, aguardo á que haya pasado el *tole tole* que hoy sirve de comidilla á la gente. Si *Pequeñeces* vale efectivamente algo, si es obra de arte, dentro de algunas semanas ya no hablarán de ella los que van en pos de las novedades chillonas, pero seguirá ocupando la atención de los verdaderos amantes de las letras. Y entonces será mejor ocasión para tratar de *Pequeñeces*.

Hoy sólo quería decirle cuatro cositas á D.^a Emilia. Ó con más verdad, se las he dicho sin querer. Porque lo que realmente quería yo era hablar del último libro de Cavia.

Sólo que al inhibirme por mi falta de competencia (pero inhibirme de verdad, no como D.^a Emilia, que llama *inhibirse* al *exhibirse*), me salió al paso la maldita digresión que *informa* (como dicen en el Congreso) este palique.

Por fortuna tengo bastante confianza con Mariano Cavia para estar seguro de que no toma á desaire que deje para otra ocasión su libro; el cual no juzgaré (por lo dicho), pero que alabaré y parafrasearé—aunque sea palabra fea—á mi gusto. No en MADRID CÓMICO, acaso.

Y eso que lo principal ya está dicho; á saber, que *De pitón á pitón* es un libro primoroso, en su género, *agudamente* escrito, como apuntaba yo antes con segunda, y ahora con tercera. De otro modo, y según consta en la mal llamada octavilla, que se me había olvidado (y que no es octavilla):

Como yo soy Clarín,
De pitón á pitón
tiene chistes sin fin
y taurina intención.
En la dehesa boyal
de tu *esprí* aragonés,
¡no se cría una res
que yo mande al corral!

Y adiós, Mariano amigo. No hay bajo la *forniz* (bóveda celeste, según Ennio) quien te desee más fórnices (arcos de triunfo) que yo, y plegue al cielo que entres con una esposa bajo las fórnices del templo, para huir de la tentación de las fórnices públicas, ó sea casas de lenocinio, como dicen los gacetilleros de mi pueblo.

Y ya que hablamos de escribir español en otras lenguas, usted (porque ahora recuerdo que no nos tuteamos), que manda tanto en *El Liberal*, ¿podría hacerme un favor? (Aparte de aquel de que digan *Efemérides* y no *Efeméride*.) Mi amigo Pompeyo Gené, que es todo un sabio, y hombre de mucho talento, tiene la manía de corromper nuestro idioma á sabiendas. En un artículo de *El Liberal*, hablando de Richepin, decía Gené días atrás: la *platitud* naturalista.

Y estas son otras fórnices. Una *platitud* es una *fornicitud* á su manera.

¡Señoras y señores; miren ustedes que por algo se dejó sin concluir la torre de Babel!

Me han dicho que D. Luis Alfonso me había escrito una carta por conducto de *La Epoca*. ¡Mal buzón! No veo *La Epoca* más que de siglo en siglo. Si el Sr. Alfonso tiene interés en que sepa yo lo que ha querido decirme, envíeme su prosa directamente.

¡Hasta los gatos quieren zapatos!

El oportuno Ramón Correa (oportuno el año 58; cuando se trajo el agua del Lozoya, como tengo dicho) tiene la pretensión, que expone entre emblemas y alegorías, de que yo le envidio.

¡Tu quoque!

¡Envidiar á Ramón Correa!

Pero, bien pensado, sí. Se le puede envidiar... desde el punto de vista de las bienaventuranzas.

Nota bene.—En la crítica de *Pequeñeces* escribe esto D.^a Emilia Pardo:

“No es Currita sola quien ha salido respirando y sangrando en la novela...”

¿Sangrando?

CLARÍN.

¡MALES DE AMOR!

Dijo una vez Campoamor que, conforme á la experiencia de yo no sé qué doctor, es un bálsamo la ausencia que cura males de amor.

Don Ramón nos asegura que con la ausencia se cura cualquier pasión amorosa, pero á mí se me figura que no hay semejante cosa; y prueba que ello es así cierta historia que yo oí

contar no recuerdo á quién, y que la repito aquí porque la aprendí muy bien.

Ramiro y Elvira son, ella hermosa y joven él, dos novios que, en su pasión, se quieren con más tesón que aquellos dos de Teruel.

Por ella sufre Ramiro, padece por él Elvira, y en cuanto Elvira le mira, Ramiro lanza un suspiro

y Elvira también suspira.

Su pasión es verdadera, tanto que voy sospechando que aunque él diga lo que quiera, suspirando y suspirando se pasan la vida entera.

Mas como el dolor profundo sucede al placer más *tierno* y en este pícaro mundo todo cambia en un segundo y nada hay que sea eterno, aquel idilio amoroso vino á deshacerse un día turbando dicha y reposo, por mandato del celoso director de Infantería.

Ramiro era militar, y obedeciendo al momento, se tuvo que conformar y seguir al regimiento que mandaban á Ultramar; y á las dos ó tres semanas, cruzando las verdes olas de las playas africanas, se marchó á nuestras lejanas posesiones españolas.

En cuanto el joven partió, la pobre Elvira enfermó,

tal vez por sentirse herida del dolor que le causó, su amorosa despedida, y á aquella fragante rosa la vimos pronto achacosa, inapetente, muy pálida, muy triste, muy ojerosa, muy débil y muy escuálida.

Sus papás, así que vieron que no era cosa de risa, á Ramiro le escribieron y, en cuanto llegó, tuvieron que casarla á toda prisa, entre otras varias razones que se alcanzan fácilmente, por evitar discusiones y torpes murmuraciones de la chusma maldiciente.

¿Se casó ella convencida? ¡Sí señor, porque le amaba y no estaba arrepentida! ¡Prueba de ello es que en la vida declaró.... que le pesaba!

Esto demuestra, lector, que á pesar de la experiencia de yo no sé qué doctor.... ¡no es un bálsamo la ausencia que cura *males* de amor!

FIACRO YRÁYZOZ.

FILOSOFÍA

En opinión de santo está don Bruno, que castiga su carne pecadora por medio del cilicio y el ayuno, y, arrepentido de sus culpas, llora.

¡Valiente santidad! Porque primero delinque hasta cansarse, y en seguida, de su propia flaqueza juez severo, se azota sin piedad y sin medida. Y entre la penitencia y el pecado se queda ¡claro está! desmejorado.

¿No sería mejor que no pecara, venciendo la pasión en campo abierto, que echárselas de mártir, con la cara de asceta consumido en el desierto?

Cargado de estampitas y rosarios, medallas de latón y escapularios, convertido en acémila piadosa, se la pega á su esposa y el tiempo que no reza se lo pasa, como cualquier cadete calavera, persiguiendo á la pobre cocinera por todos los rincones de la casa.

Y si el pobre señor se pone ciego y exaltado á la vista de una falda, la moral ¿qué adelanta con que luego se pegue correazos en la espalda?

¡Mucho más oportuno para salvar el alma de don Bruno sería prescindir de los abrazos, aunque no se pegara correazos!

SINESIO DELGADO.

MEDIA OBRA

—¿Ha leído usted al P. Coloma?

—¿Conoce usted las *Pequeñeces* del P. Coloma?

—¿Qué opina usted del P. Coloma?

Este ha sido el pasto *ordinario* de la conversación durante unos días.

Y no ha habido más remedio que leer las tales *Pequeñeces*.... Y en verdad que no me pesa haber trabado conocimiento (si el estilo es el hombre) con un *padre* de ese calibre.

El susodicho P. es una buena pieza de treinta y seis, disparando bala roja contra la aristocracia.

En ocasiones la pieza se transforma en mortero y *procede* por metrallazos limpios; es decir, limpios.... en lo que cabe.

En el prólogo de *Pequeñeces* dice el autor que, aunque parece novelista, es sólo *misionero*.

Parece, y es en efecto, un novelista, y novelista notable, el P. Coloma.

Cuando se acuerda de que es misionero es, precisamente, cuando mete la patita.... como, por ejemplo, en aquel pasaje en que al saber una madre, ausente de su hijo, que éste se halla gravemente enfermo, lo primero que pregunta, en el paroxismo de su dolor, es.... si su hijo ha confesado, porque lo primero y más esencial es la salvación del alma....

Y va más allá la madre en su fervor religioso. Quiere partir

inmediatamente al lado de su hijo moribundo, no con el ansia de recoger su último suspiro ó de arrebatárselo con sus cuidados á las garras de la muerte.... ¡nada de eso! Aquella madre amantísima quiere trasladarse á la cabecera del lecho del enfermo con el único y exclusivo objeto de salvar su alma, rodeándole de curas y de cachivaches sagrados.

Eso podrá ser de admirable propaganda religiosa (que tampoco lo creo); pero ni es verdad, ni es humano, ni es lógico.... ni es nada. Es, sencillamente, una salida de tono.... jesuítica.

El dolor de una madre en ese trance angustioso no se para, ni puede pararse, en esos tiquis-miquis religiosos que apunta el P. Coloma.

Y es lástima. Mientras el autor no se acuerda de que es misionero, la novela resulta muy bonita. Tiene verdadero interés, primera condición de toda novela; está en lo general bien escrita—salvo algún que otro galicismo de poca monta;—y cuanto á los personajes, si hay más caricaturas que caracteres, culpa es, en primer término, de *las cosas* que pinta—que dan *eso* de sí—y después, y principalmente, de la intención satírica que informa *Pequeñeces*....

Como el marqués de Butrón (uno de los tipos más graciosos de *Pequeñeces*), el P. Coloma barre para dentro, arrimando el ascua á la sardina jesuítica.

Fuera de la Compañía de Jesús, no hay nada bueno, ni siquiera *regular*, para el P. Coloma, que va derecha é inmodestamente á la siguiente conclusión:

«Nosotros somos los buenos,
nosotros, ni más ni menos.»

La pintura que hace ese *padre* de la aristocracia española es cruel, aunque exactísima; pero esos rayos que, nuevo Jove (no Jove y Hevia), dispara el P. Coloma contra esa clase *respetabilísima*, se vuelven—por ley providencial y leyes de la lógica—contra la Compañía de Jesús.

Esa clase tan corrompida (según nos cuenta el P. Coloma) ha sido educada por los jesuitas.

Los jesuitas se dedican casi exclusivamente á la enseñanza, y no son ciertamente los hijos del pueblo, ni siquiera los de la clase media, los que llenan los colegios de *esas gentes*. Son los poderosos, los *grandes*, los aristócratas, en una palabra, los que acuden presurosos á recibir el *pasto espiritual* de tan *pródigas* manos....

Los jesuitas forman el corazón y la inteligencia de la aristocracia española, y luego viene á decirnos, con insólita frescura, el P. Coloma que la aristocracia está corrompida....

¡Qué responsabilidad tan tremenda para la Compañía de Jesús, á la cual pertenece para honra suya (y de la Compañía) el padre Coloma!

También habla el autor en su prólogo de los procedimientos de Zola, procedimientos que condena desde luego enérgicamente; pero como si la inconsecuencia fuera el móvil principal del P. Coloma al actuar como novelista (con intermitencias de misionero), emplea casi siempre, en los dos largos tomos de sus *Pequeñeces*, un lenguaje francamente naturalista, y si no en la frase, en el concepto deja atrás, á veces, al propio Zola.

Currita, Jacobo, Villamelón, la duquesa de Bara y otros tipos que juegan en *Pequeñeces*, no tienen nada que envidiar, en lo cómicos, duros y repugnantes, á los más *crudos* y desvergonzados personajes de las principales obras del célebre novelista francés.

¡Y qué polvareda han levantado las tales *Pequeñeces*!

El P. Coloma se ha liado los hábitos á la cabeza, y no sólo se atreve á tirar la primera piedra, sino que lanza una *pedrea* entera sobre la con este motivo azorada aristocracia.

Tan azorada está la aristocracia, que ha contribuido en grandísima parte á la inusitada venta de *Pequeñeces*, primero poniendo el grito en el cielo (cuyas puertas le cierra el ya célebre jesuita), y dando después un fuerte varapalo al P. Coloma en uno de los periódicos de más circulación.

El público se ha dicho:

—¡Hola! ¡Hay escándalo! Pues vamos á fomentarle, leyendo y propagando esas *Pequeñeces*.

El público es así.

Después de todo, las *Pequeñeces* del P. Coloma, con todo el ruido que están dando y que han de dar todavía, *no son* más que *media obra*.

Apartando á un lado por inútil (y aun por perjudicial) la propaganda jesuítica, queda como *cosa* aprovechable y de utilidad suma la pintura real y exacta—aunque me esté mal el decirlo—de la aristocracia española.

Esa pintura, aunque importante, no es más, como digo, que *media obra*.

Ahora sólo falta que un aristócrata de talento pinte á los jesuitas con la misma verdad y el propio cariño que el P. Coloma ha pintado á los aristócratas.

Si la pintura de los jesuitas se lleva á cabo, puede y debe unirse á la pintura de la aristocracia, realizada por el P. Coloma, que es pintura de padre y señor mío.

Y entonces resultará una obra completa.

Y hasta de utilidad práctica y positiva.

¡Qué *párola* tan agradable para los que tenemos la suerte de no pertenecer á ninguna de esas dos clases!...

El aristócrata de talento, si le hay (que le habrá, sin duda), tiene la palabra.

FRANCISCO FLORES GARCÍA.

CHISMES Y CUENTOS

Taboada empieza su crónica de hoy quejándose de que los periodistas no hablen más que de *Pequeñeces*.

—Y ¡mire usted qué demonio, hombre! en los dos artículos del número se trata el susodicho asunto.

—¡Si cuando las cosas vienen rodadas!...

Y nada, que ya no hay remedio.

—Cuando se marchó Matilde,
tu querida, con Anselmo,
te dejaría asombrado.

—No, me dejó sin un céntimo.

EDUARDO GUILLAR.

Libros:

Cartas infernales, en verso y prosa. Una colección de artículos y poesías preciosísimos. En fin, ¡con decir que son de Pepe Estrañi, el popular patorillero de *La Voz Montañesa*! Cuesta dos pesetas nada más. ¡Estrañi tiene ganas de tirar el dinero! Da por dos pesetas un libro que vale dos millones.

La Asamblea nacional de maestros, su origen, su importancia y sus conclusiones; folleto que se regala á quien lo pida, lo cual no le quita importancia.

La crisis religiosa, por Antonio Zozaya. Es un libro de gran interés y de mucha *miga*, que justifica más y más la fama de su autor como filósofo y como literato.

El mes de Sentimientos. Eduardo de Palacio se propone (y ojalá cumpla su propósito) publicar mensualmente un folleto coleccionando, con la gracia que le ha hecho popular, sus *desahogos taurinos*, como él los llama. ¡Se venden y se venderán como pan bendito!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

- Enriqueta.* Apuesto un sorbete en Pombo á que es ironía el *bombo*.
- Don Juanito.* ¡Caramba y qué atrevidito nos sale el tal don Juanito!
- Peoncita.* Dios te conserve, alma mía, la gracia... y la ortografía.
- S. O. ¡Cuánta falta y cuánto ripio hay al final... y al principio!
- Cuansebol.* Va el ejemplar. Los cantares son un poquito vulgares.
- F. F. Conque cuatro cosas, ¿eh? ¡Hombre! ¡Y ninguna de usted!
- V. O. Ya no hay nadie que se ría leyendo una porquería.
- G. D. «¡Qué preciosa te hizo Dios, eres perfecta, amor mío! Tus púrpuras son luciérnagas tus dientes son de marfil y tu voz de querubín.» Empezar así un soneto casi es faltarle al respeto.
- Rodajas.* ¡Vaya un romance! ¡Qué horror! ¡No se puede hacer peor!
- Arroplá.* ¡Sí! que el señor Arroplá lo hace peor todavía.
- Ciro.* Dispense usted, pero *non* me gusta la confesión.
- A. R. Acepto proposiciones; vengan las dos colecciones.
- Alibabá.* ¡Ay, señor de Alibabá, qué medianito que está! Y el *óbsculo* ¡pesa mío! no lo ha escrito nadie así.
- Mantuano.* Porque sobran muchos, no admito artículos yo.
- C. D. Pero, hombre, esa inocentada no es acróstico... ¡ni es nada!
- Nicolás.* Nicolás, no escribas más; ¡que no sabes, Nicolás!
- F. Q. Como no hay nada perfecto, ese final no es de efecto.
- Orfeo.* De seis versos, no ha salido uno solo bien medido.
- Olenzor.* No es publicable ninguna. ¡Tiene usted mala fortuna!
- A. Ragón.* ¡Mal medido! No, señor; pero otros lo hacen mejor.
- D. Victor.* Está muy gracioso el lance; ¡un romance... sin romance!
- Minerva.* ¡Cómo contestar, ¡Dios santo! si tendría que hablar tanto...
- Uno que se va.* Sí, que se va... del seguro.
- Miserias.* Eso no sirve. ¡Lo juro!
- Topo.* ¡Parece una poesía de una mula del tranvía!

DISTRACCIÓN



—Pues señor.... ¿dónde habré yo puesto la fosforera de plata? Pero ¡si yo creo que no he tenido nunca fosforera!

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160

DESPACHO: TODOS LOS DIAS DE 10 A 12 Y DE 2 A 5

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.